

Miquel Bartual, Mijo.
Universidad Politécnica de Valencia.

Visualizar la fragilidad: representaciones de la catástrofe ecológica

Visualizing fragility: representations of the ecological disaster

TIPO DE TRABAJO: Comunicación.

PALABRAS CLAVE:

Catástrofe ecológica, visualización, emociones, modelos políticos, autoritarismos.

KEY WORDS

Ecological disaster, visualization, emotions, political models, authoritarianisms.

RESUMEN

En este período de crisis ecosistémica generalizada, resulta de especial importancia encontrar vías que puedan ayudarnos a entender y asumir el momento crítico en el que nos encontramos. La constatación de esta urgencia puede llevarnos a producir imágenes con la intención de activar respuestas emocionales que lleven a la acción pero que, sin embargo, resulten contraproducentes en un doble sentido. Por una parte, pueden producir miedo y bloqueo; por otra, si profundizamos en las consecuencias que estas emociones pueden tener en nuestra percepción del mundo, podría darse que el impacto de dichas representaciones derivara sin mucho refuerzo exterior en la justificación de propuestas autoritarias en la política, ante la necesidad de reaccionar con rapidez al horizonte catastrófico.

Esta transformación ya en marcha de las formas democráticas puede conllevar asimismo la aceptación de un porcentaje de "pérdidas", de "exceso poblacional" que debería sacrificarse por tanto, generando un cambio de paradigma en el que el neocapitalismo moral escondiera nuevas formas de tanatocracia. Si bien la enorme fragilidad que vive nuestra especie debería motivar una respuesta articulada y solidaria a nivel planetario, tememos que las maneras en las que la transmitimos esta urgencia, las representaciones que elegimos, puedan contribuir a generar este determinado tipo de respuestas. Por ello, consideramos esencial reflexionar al respecto de manera que podamos encarar la premura de esta tarea, sin por ello admitir una merma radical en las formas de democracia ni un ejercicio cómplice de biopoder sobre los más afectados.

ABSTRACT

in this period of generalized ecosystem crisis, it is especially important to find ways that can help us understand and assume the critical moment in which we find ourselves. The verification of this urgency can lead us to produce images with the intention of activating emotional responses that lead to action, but which nevertheless turn out to be counterproductive in a double sense. On the one hand, they can produce fear and blockage; On the other hand, if we delve into the consequences that these emotions can have on our perception of the world, it could be that the impact of these representations derived without much external reinforcement in the justification of authoritarian proposals in politics, given the need to react quickly to catastrophic horizon.

This transformation already under way of democratic forms can also lead to the acceptance of a percentage of "losses", of "population excess" that should be sacrificed therefore, generating a paradigm shift in which moral neocapitalism hid new forms of tanatocracy. Although the enormous fragility that our species lives should motivate an articulated and solidary response on a planetary level, we fear that the ways in which we transmit this urgency, the representations we choose, can contribute to generating this type of responses. Therefore, we consider essential to reflect on this matter so that we can face the hurry of this task, without admitting a radical reduction in the forms of democracy or an accomplice exercise of biopower on the most affected.

INTRODUCCIÓN

Desde la estética, se ha trabajado profusamente en el campo de relaciones entre la imagen artística, las emociones que provoca y su capacidad para transformarse en una herramienta política. Todo ello nos ha ayudado a entender la importancia que tiene el régimen de lo sensible en la percepción del mundo, no únicamente en lo que se refiere a la imagen artística sino a la imagen mediática que circula incansablemente por nuestros imaginarios. Este universo visual modula la orientación estética de los sujetos a través de las emociones que amplía o acalla, las imágenes que muestra o las que retira de la circulación, o las que directamente, no permite que emerjan. En un mundo saturado de imágenes en donde los canales en los que circula, hoy en día fundamentalmente digitales, están controlados y dirigidos por intereses mercantiles, redirigir esta influencia a estas esferas más complejas resulta muy sencillo. De esta manera, se puede modular la opinión pública sobre temas candentes, de manera que las imágenes funcionen como un foco o una cortina de humo. Este fenómeno que ya se ha analizado hasta el agotamiento no ha hecho más que acentuarse de forma cada vez más acusada, mediante el uso del Big Data que permite manipular de forma muy contundente cuestiones tan peligrosas como la intención de voto.

Sin necesidad de llegar al caso extremo de usos claramente denunciados, uno de los efectos de esta deriva sería la conversión de la opinión propia en un ámbito sometido a sospecha, esa opinión que no es la mía pero que sin embargo he hecho propia, ese rastro de *cookies* que han activado mis futuros deseos, ese ser que no soy yo pero en el que me he convertido por las noticias y las imágenes que han puesto bajo mis ojos. Y todo ello convive con el espejismo de la información total. Por tanto, no está de más reflexionar sobre qué estímulos desencadenan determinadas emociones y qué emociones llevan a determinados horizontes de posibilidad, especialmente en relación con la transformación radical de nuestras condiciones de vida: aquella que va a suponer el pleno desarrollo del cambio climático. Este punto de inflexión de la Humanidad resulta aún más absurdo sobre todo porque no se trata de un fenómeno natural contra el que no podamos actuar sino que somos nosotros mismos el cataclismo, la naturaleza desatada, la fuerza salvaje que pliega órdenes y mandatos y nos somete a todos a su propio destino, ese que nos hemos labrado.

Por tanto, en este artículo, pretendemos plantear una reflexión sobre los diferentes tipos de comunicación que se establecen desde los medios de comunicación y las instancias representativas en relación a dicha problemática, para analizar los recursos comunicativos que se utilizan así como para establecer diferencias entre los mecanismos de respuesta emocional que activamos para paliar el efecto que esa información puede tener sobre nuestra conciencia. Nuestra tesis es que las maneras de visualizar esta cuestión están directamente relacionadas con la reacción emocional que producen en nosotras así como con la orientación política que se establece como más deseable. Inicialmente, vamos a plantear cuatro ejemplos diferentes con los que hablar de cómo intentamos transmitir esa urgencia y si el mecanismo de presentación y/o representación cumple su cometido, es decir, llevarnos a modificar radicalmente nuestra deriva, tras asumir la brevedad del plazo que nos queda y la fragilidad de la vida (en concreto, de la vida de la Humanidad, que no del planeta), sin por ello renunciar a consensos de base en el ámbito democrático.

Aceptación racional

Partiremos de la creación del término *Antropoceno* porque lo que se nombra tiene más probabilidades de ser mirado, de ser reconocido fenomenológicamente, y por tanto, de influir en la visión que tenemos tanto de nuestro presente como de nuestro horizonte. Este término fue acuñado por Crutzen/Stoermer¹ en el 2000 para hacer referencia a la nueva era geológica que sucede al Holoceno, determinada por el grado de impacto global de las actividades humanas. A raíz de esta apreciación, el Comité Internacional de Estratigrafía asume la situación extrema en la que nos encontramos en términos climáticos y se encuentra en proceso de ratificar la existencia de una nueva era geológica que resume mediante los siguientes puntos:

- Aumento de la temperatura media: +4^º en 2050 y aumento del nivel del mar: 1m-5m para fin de siglo.
- Modificación de la atmósfera por los gases de invernadero: metano, óxido de nitrógeno y dióxido de carbono.
- Degradación de la biósfera: pérdida de biodiversidad cifrada en el 20% en 2030, destrucción de ecosistemas por agricultura, deforestación y urbanización.
- Cambio en los ciclos biogeoquímicos del agua, el nitrógeno y el fósforo.
- Desaparición de los beneficios añadidos por la biosfera a los humanos: polinización, regulación de la cantidad y calidad del agua.

Todo ello implica que en un escenario optimista, a finales del siglo XXI entre el 12% y el 39% de la superficie del globo estará sometida a condiciones climáticas a las que los organismos vivos actuales no han estado nunca confrontados (Nature, 2016). Esta cruda descripción que hacen del Antropoceno, enunciando dato tras dato la extensión del desastre, utiliza la misma estrategia de transmisión que hemos utilizado desde que la ciencia se irguió como único relato de verdad posible: la afirmación empírica cuantitativa.

1 Crutzen, P.J. and Stoermer, E.F. (2000) The "Anthropocene". Global Change Newsletter, 41, 17.

Desgraciadamente la respuesta a este asalto de cifras suele ser la asimilación racional y el bloqueo de emociones, puesto que estamos acostumbrados a tratar los datos con la frialdad que ellos mismos imponen y por tanto, poder archivarlos como información pertinente a recuperar en caso de necesidad (Fowles, 2015). Ya desde la Ilustración, el proyecto moderno ha consistido en separar a las personas de las cosas (quien es sujeto y quien solo puede ser objeto y en qué grado), en ordenar el mundo, y por tanto, establecer una distancia que impida, por ejemplo, que sintamos empatía hacia animales no humanos, término reciente que muestra un acercamiento a nuestra condición común. Añadir *no humanos* al termino *animal* es más certero que añadir *racional* para nombrarnos puesto que, vista nuestra capacidad para gestionar lo que sabemos, que es bien poco y bien poca, nuestra condición racional queda muy a menudo en entredicho.

Más adelante veremos cómo nuestra racionalidad actúa por el *bien mejor*, eludiendo identificarse no solo con animales no humanos sino con ecosistemas y entornos, separándose de la catástrofe auto-impuesta a la espera de un *deus ex machina* tecnológico que nos salve de todo mal. Resumiendo, si nuestra esperanza radica en que, confrontados a los datos incuestionables, actuemos de forma racional y admitamos que no nos queda otra opción que reaccionar y realizar una transición forzada, poniendo los medios para ello, no parece que vayamos a tener mucho éxito y por tanto, simplemente nos extinguiremos de una forma larga, dolorosa y miserable.

Visibilización antropocéntrica

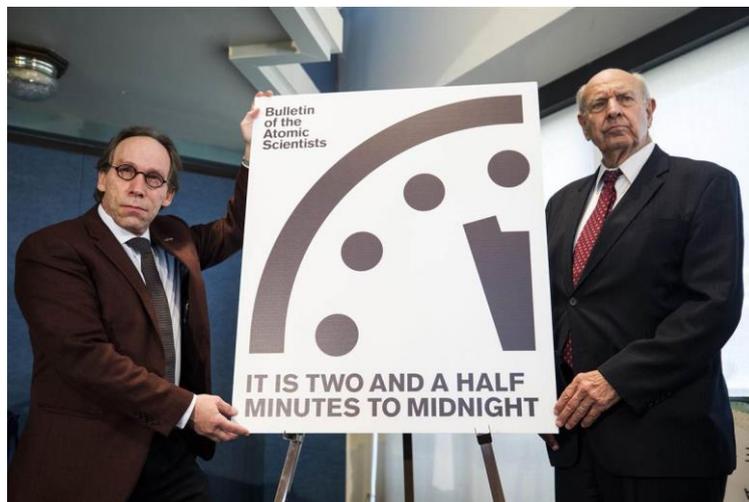


Figura 1. Reloj del Apocalipsis. Fuente: <https://thebulletin.org/>

Este enfoque es en cierto modo similar al anterior, con la diferencia que utiliza una estrategia visual analógica para transmitir la urgencia del momento en el que nos encontramos y data nada más y nada menos que de 1947. Ese año, un grupo de científicos de la Universidad de Chicago, los adalides de la ciencia en su estado más avanzado, agrupados en la Junta directiva del *Bulletin of the Atomic Scientists* (*Boletín de Científicos Atómicos*), crean el Reloj del Apocalipsis, también llamado Reloj del Juicio Final. Este es un reloj simbólico que hace referencia a la inminencia del fin de la especie humana que se encuentra siempre "a minutos de la medianoche", donde la medianoche representa la extinción de la Humanidad.

Originalmente, la analogía hacía referencia a la amenaza de guerra nuclear global, pero la amenaza climática ha sido reconocida como catástrofe de similar amplitud desde hace un tiempo así como otras derivas de las ciencias que pudieran infligir daños irreparables. Periódicamente se corrige el número de minutos restantes para la medianoche, lo que mide el grado de amenaza nuclear, ambiental y tecnológica para la Humanidad. La creación de esta analogía temporal es fruto de la conciencia de que esta información debería transmitirse por una vía no convencional para aumentar su impacto. Por ello, el cofundador de la revista, Hyman Goldsmith, le pidió a la artista Martyl Langsdorf que diseñara una portada para la edición de la revista de junio de 1947 en donde se representara dicha cuestión.

El 26 de enero de 2017, el reloj se adelantó desde "tres minutos para la medianoche", donde estaba desde el 19 de enero de 2017, a "2 minutos y medio para la medianoche". No obstante, este hecho tuvo un impacto más bien reducido, en primer lugar, porque excepto en ámbitos científicos, la difusión del gesto ha sido muy reducida. En segundo lugar, porque a pesar del dramatismo de la imagen (véase la expresión circunspecta de los dos científicos certificando nuestra próxima desaparición), se centra en una visión antropocéntrica extremadamente reducida que nos lleva a aquiescer únicamente como si de un acta notarial se tratara. Esta

certificación sigue intentando operar en el ámbito de lo racional, como si el conocimiento sin más tuviera la capacidad de llevarnos a la acción. En el aspecto emocional, los científicos de gesto adusto nos producen más bien una cierta hilaridad en su intento de provocar reacciones mediante una treta analógica, por muy serios que se muestren al anunciar el fin del mundo (humano).

A su favor, la presencia corporal, la mirada que nos dirigen cuestionando responsabilidades de persona a persona. Igualmente, el hecho de centrarse en nuestra desaparición tampoco contribuye a que tengamos una visión más amplia de la situación general de nuestro ecosistema ni nos ofrece pistas sobre modos de interrumpir o por lo menos paliar esta deriva. Como ya hemos dicho, certifica una muerte segura que, al fin y al cabo, es el único horizonte que sabemos cierto, contra el que hemos construido una ceguera sostenida frente a la que no ha habido *Vanitas* que pudiera.

Relativismo póstumo

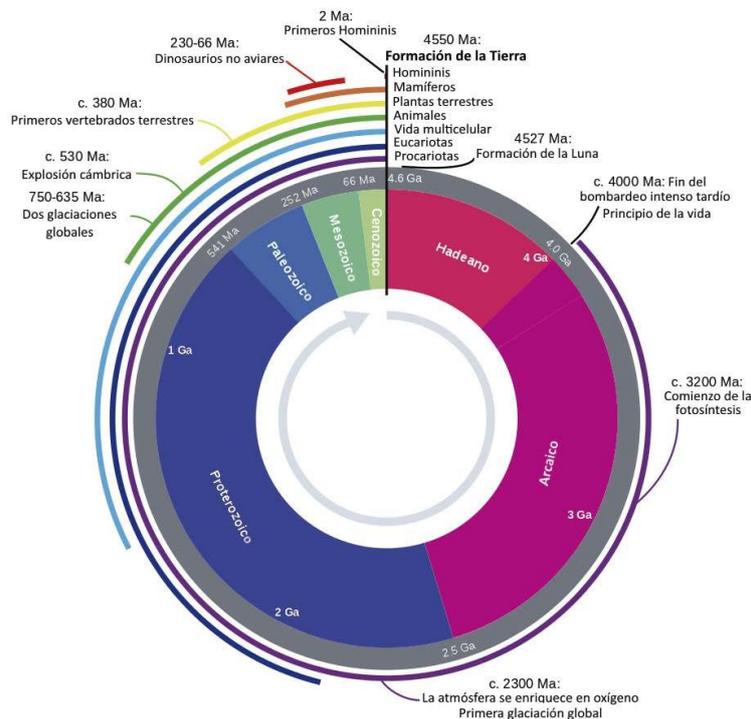


Figura 2: Escala de Tiempo Geológico. Fuente: http://www.wikiwand.com/es/Historia_geol%C3%B3gica_de_la_Tierra

Este diagrama ya permite tener una visión más amplia de nuestra importancia como especie y nos sitúa en un lugar más adecuado a la hora de visibilizar nuestra existencia. Nos coloca en situación de tener que asumir nuestra irrelevancia en términos de tiempo y nuestra responsabilidad en términos de autodestrucción. No nos deja escapatoria: se acercan los tiempos posthumanos, somos una excepción con tendencias suicidas y el universo nos será negado. Si bien los diagramas nos acercan a un conocimiento a golpe de vista mucho más eficaz que largos informes documentados, ya que en general no pensamos dedicarle mucho tiempo a esto de nuestra propia desaparición, tampoco mueven a la acción ya que, como en los dos casos anteriores, decretan un estado irreversible de cosas.

Como plantea Garcés (Garcés, 2017), tras la postmodernidad, hemos desembarcado en la globalización negativa: nuestra condición póstuma. Si en la primera asistimos a la muerte de los grandes relatos, para pasar al presente eterno del consumo; en esta nos enfrentamos a la inversión de la concepción moderna de la Historia: la imposición de un nuevo relato único y lineal, el de la destrucción irreversible de nuestras condiciones de vida. Como bien plantea la autora, deberíamos preguntarnos qué es lo que nos lleva a admitir sin discusiones este único relato, como si no tuviéramos capacidad alguna de reacción, ni de responsabilización.

Bruno Latour (Latour, 2017) contesta a esta cuestión argumentando que la invisibilización previa del cambio climático, (con actitudes negacionistas ejemplares como la de los E.E.U.U.) así como el auge de los nacionalismos que podemos observar tanto en los discursos de Donald Trump, como en la ambigua posición de Inglaterra en relación al Brexit o en los procesos de independencia catalana, responden a una conciencia clara de que no hay Tierra para todos. Este argumento irá calando en nosotros a través de

discursos en los que el “apego” al territorio esconde procesos de exclusión y, avanzada la transformación climática, de sacrificio de grandes sectores de la población para los que no habrá refugio posible. La construcción de este panorama desolador, ese “Para nosotros, pero no para todos. Para ellos, el dejar morir”, la tanatocracia como régimen que sustituye a la biopolítica foucaultiana, va a ser un elemento central de este milenio, acompañado de políticas que legitiman la transgresión del concepto de derechos humanos tal y como lo hemos esgrimido para imponernos como “civilización” a todas las demás existentes en el planeta.

Distanciamiento estético



Figura 3. Acte IV Nature/Mimesis as resistance. Fuente: <http://kaderattia.de/>

Dentro de este apartado, podríamos incluir innumerables obras de arte que se están produciendo en los últimos tiempos; obras que intentan evitar la espectacularización del desastre y que optan por maneras más intelectualizadas de contarnos las cosas para evitar el sentimiento de horror que nos produce, o bien para evitar la banalización de lo mostrado que acaba siendo un elemento más dentro de una especie de bazar visual donde podemos encontrar obras más o menos politizadas, más o menos espectaculares, más o menos certeras o tergiversadas. Este debate es largo y resbaloso, puesto que aborda la relación del arte con la verdad así como con la moral. No pretendemos ser capaces de resumirlo (mucho menos resolverlo), en un par de párrafos y dejaremos para el lector la tarea de sacar sus propias conclusiones de nuestro relato. Por el momento, nos bastará, como hemos hecho en los demás ejemplos, analizar una obra e intentar extender su análisis a muchas otras por analogía.

En este caso se trata de una video-instalación del artista franco-argelino Kader Attia, titulada “Act 4: Nature / Mimesis as Resistance”² (2013). La instalación consta de un vídeo de 2:18 minutos en el que aparece el ave lira australiana. Esta especie es muy conocida por su magnífica capacidad de imitar a la perfección casi cualquier sonido. Attia se apropia de un fragmento de famoso documental británico de la BBC titulado *La Vida de las Aves*, en donde este pájaro imita, entre otras cosas, el sonido de una cámara, el canto de una cucaburra, la alarma de un coche, y el ruido de una motosierra. Esta capacidad de mimetizarse con el ambiente supone la inclusión de sonidos artificiales, cuestionando abiertamente la distinción entre naturaleza y cultura y constituyendo una imagen precisa de la extensión de lo humano, es decir, puro Antropoceno destilado, puro dilema contemporáneo. Si bien la analogía está muy conseguida, la generación de una imagen que condense lo que supone el Antropoceno, en términos de impacto no funciona ya que nos deja en la cómoda posición de observadores aquiescentes.

Si tratamos de encontrar una respuesta precisa a la pregunta de cómo mostrar el horror, de hecho, podríamos trazar una historia de la estética colocando este asunto en el centro. Desde la belleza de la ruina hasta lo sublime de la destrucción, hemos sido educados para disfrutar del espectáculo de la catástrofe (preferentemente ajena o lejana, en cualquier caso la catástrofe del Otro). Esta estrategia si bien nos ha permitido difundir conflictos, guerras, hambrunas, etc. también nos han impedido desarrollar empatía y previsión. Consumir desastres ajenos no nos protege de los propios.

2 <https://vimeo.com/69424732>

Otro posible enfoque es el planteado por Bertold Brecht que desarrolla su *Verfremdungseffekt*, su teoría del extrañamiento, para evitar la catarsis teatral del público. Según su teoría, se producen dos momentos en la contemplación, un primero en el que el público desarrolla empatía porque no hay conocimiento sin identificación; y un segundo, en el que se establece la distancia para poder realizar un análisis a través de la ironía y el distanciamiento, generando ese efecto de extrañamiento. De esta manera, el público se identifica plenamente con el destino de sus actores emocionalmente, para posteriormente despertar un análisis crítico que pueda cuestionar las ideas y decisiones representadas en escena. Nosotras ya hemos visto que salir de registro emocional no mejora la capacidad de reacción porque la razón, como buen piloto de navío, actúa siempre por la salvación, es decir, no duda en ocultar bajo la alfombra del des-conocimiento aquello que le resulta intolerable. La razón no está interesada en la verdad sino en la supervivencia, por lo que está dispuesta a hacer pactos con el mismo diablo.



Figura 4. Fukushima, dos años después. Fuente: https://www.elmundo.es/albumes/2013/03/07/fukushima/reproductor_v2.xml

Para Swanson, Tsing y Bubandt (2015), el Antropoceno es en este sentido un concepto de ciencia ficción, una idea que nos saca del espacio y tiempo familiares para observar nuestro contexto como si perteneciera a una tierra lejana. Podemos asistir a la paradoja de un mundo impregnado de nosotros pero sin nosotros. Desde este futuro teñido de ficción, podemos generar todo tipo de fantasías entre las que se encuentra el espejismo del *tecnofix*, que se basa en la esperanza de que los avances científicos y tecnológicos vayan encontrando soluciones a nuestros diferentes problemas ecológicos. Lo que no tienen en cuenta es lo que Yayo Herrero (2018) denomina “bienes fondo”: algunos recursos naturales se consideran bienes de fondo, porque se agotarán si se los consume a una tasa mayor a la de su renovación, mientras que otros tienen la lógica de los bienes flujo, y por tanto se renuevan. Según la disponibilidad en el tiempo, la tasa de generación o regeneración y el ritmo de uso o consumo, se determina qué recurso es renovable y cuál no. Desgraciadamente, la tecnología poco va a poder hacer en este sentido pero no obstante, quizás debido al componente de salvación que lleva implícito (al *deus ex machina* del que hablábamos antes), la geoingeniería “emerge como la nueva ciencia y mercado que recibirá cada vez más atención e inversiones por los grandes gobiernos y corporaciones. Este mensaje bipolar de una nueva ciencia en medio de la devastación ambiental es estimulante para algunos, y parece haber llegado en un momento oportuno” (Soto, 2017), es decir, el pacto con el diablo para llegar al paraíso o por lo menos, para prolongar nuestra estancia en la tierra.

La idea del “buen” Antropoceno supone volver a activar la gran narrativa de la modernidad (Hamilton, 2016), una idea de progreso que nos ha llevado a encallarnos donde estamos, a explotar nuestros bienes de fondo como si fueran renovables y a lanzarnos a una huida hacia delante en la que nos consumimos. Los ecomodernistas nos quieren convencer prometiendo que la civilización occidental va a reinventarse para sortear la crisis ecológica sin cuestionar los motivos que nos han llevado a ella, dirigiéndonos hacia un tipo de capitalismo “verde”, que a lo largo del siglo XXI tenga la capacidad de corregir y reparar los desastres ambientales. Desgraciadamente, este neocapitalismo moral, que quiere poner orden en el mundo porque sabe “lo que está bien y lo que está mal”, se viste de ropajes autoritarios, porque cuando el miedo se apodera de nosotros, estamos dispuestos a prescindir de libertades y derechos a cambio de sobrevivir.

Por tanto, no podemos dejar que el miedo nos lleve a admitir lo salvaje, la desregularización de las formas de gobierno de las que ya hablaba Hobbes y que podemos observar allá donde los gobiernos de la razón han dado paso a los gobiernos del miedo, que curiosamente, suelen coincidir con aquellos que poseen bienes de fondo, combustibles fósiles o reservas amazónicas. Roguemos por que la ecología restrictiva no produzca la aniquilación de derechos y posibilidades, el sacrificio de grandes masas poblacionales que no

se “han ganado” el derecho a sobrevivir, el excedente poblacional en los tiempos de las inteligencias artificiales. Estemos vigilantes a los dobles discursos y salgamos a las calles negándonos a bajar el listón de la democracia y a ser llamados por ello radicales.

CONCLUSIONES

Si queremos concluir después de haber abierto tantas líneas de debate, tendríamos que decir que la creación de imágenes visuales con la intención de activar una respuesta que promueva acciones contra la catástrofe ecológica resulta controvertida, ya que puede llevar al efecto contrario al buscado, que el miedo que nos produce la realidad nos lleve a la ceguera o bien a olvido de los acuerdos democráticos por los que hemos luchado duramente en los últimos dos siglos. En su ensayo *La equivalencia de las catástrofes (Después de Fukushima)*, el filósofo Jean-Luc Nancy hace un llamamiento a mantenernos “expuestos”, que es prácticamente una tarea de sabios ya que supone ser conscientes de la catástrofe a la que vamos a tener que hacer frente y sin embargo, intentar actuar con la misma ecuanimidad con la que realizamos pactos políticos de convivencia y consideramos que había valores universales ante los que no podíamos claudicar, sin por ello, engañarnos respecto a nuestras posibilidades de supervivencia digna (Davies & Turpin, 2015). Si nos movemos demasiado rápido, según Nancy, incluso las catástrofes serán silenciadas inútilmente. “Estamos siendo expuestos a una catástrofe del significado” afirma Nancy, añadiendo: “No nos demos prisa en ocultar esta exposición bajo seda de color rosa, azul, rojo, negro. Déjenos continuar estando expuestos, y déjenos pensar sobre lo que nos está sucediendo: déjenos pensar que somos nosotros los que estamos llegando, o estamos yéndonos” (Nancy, 2012).

FUENTES REFERENCIALES

- Brecht, B. (2004). *Escritos sobre teatro*. Barcelona: ALBA Editorial.
- Davis, H. y Turpin, E. (2015). *Art in the Anthropocene: Encounters Among Aesthetics, Politics, Environments and Epistemologies*. Londres: Open Humanities Press.
- Fowles, J. (2015). *El árbol*. Madrid: Impedimenta.
- Garcés, M. (2017). *Nueva democracia radical*. Barcelona: Anagrama.
- Hamilton, C.; Gemenne, F.; Bonneuil, C. (2015). *The Anthropocene and the Global Environmental Crisis: Rethinking Modernity in a New Epoch*. London and New York: Routledge.
- Herrero, Y. (2018). Organizar la vida en común en el Antropoceno. *Revista Contexto*, 156.
- Latour, B. (2013). *Políticas de la Naturaleza. Por una democracia de las ciencias*. Barcelona: RBA.
- Latour, B. (2017). *Où atterrir? Comment s'orienter en politique*. Paris: La Découverte.
- Miquel, M. (2018). *La estrategia del lemming en Reinventar lo posible, accionar lo imaginable*. Valencia: Generalitat Valenciana.
- Nancy, J-L. (2012). *L'équivalence des catastrophes (Après Fukushima)*. Galilée: Paris.
- Pollock, G. (2008). *Sin olvidar África: Dialécticas de atender/desatender, de ver/negar, de saber/entender en la posición del espectador ante la obra de Alfredo Jaar*. En A. Jaar, *La política de las imágenes* (pp.91-130). Santiago de Chile: Metales pesados.
- Rancière, J. (2008). *El teatro de imágenes*. En A. Jaar, *La política de las imágenes* (pp.69-89). Santiago de Chile: Metales pesados.
- Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible: estética y política*. Santiago de Chile: LOM Editorial.
- de Soto Suárez, P. (2016). *Antropoceno, Capitaloceno, Chthuluceno, Viviendo Con El Problema En Fukushima* (tesis doctoral). Universidade Federal do Rio de Janeiro. Rio de Janeiro.
- Swanson, H A., Bubandt, N. y Tsing, A. (2015). Less Than One But More Than Many: Anthropocene as Science Fiction and Scholarship-in-the-Making. *Environment and Society: Advances in Research*, 6 (1), 149-166.